

### **¿Para qué necesita un psicoanalista saber algo acerca del género?**

Irene Meler<sup>1</sup>

Revista Dialogantes, Nº 4 de Encuentro Clínico, noviembre de 2001

Nuestro trabajo de pensamiento aspira en ocasiones a la totalidad, al totalitarismo, mientras que otras veces nos divertimos de forma saludable apostando en contra de nosotros mismos y jugando al abogado del diablo. Cuando se han dedicado muchos años de esfuerzo a la formación dentro de una disciplina, es comprensible tender a transformarla en un sistema válido para comprender toda la experiencia. Es por eso que la difusión de un concepto mestizo, como lo es el de género, suscita entre otras, la pregunta acerca de su pertinencia. Hace un tiempo, al exponer acerca de este enfoque en una institución psicoanalítica, se me planteó si no era suficiente el recurso al concepto de identificación, ya clásico en la teoría, sin necesidad de recurrir a otra herramienta conceptual. Tomaré esa pregunta para comenzar a pensar.

Antes de identificarnos con los otros significativos, somos objeto de proyectos identificatorios por parte de nuestros padres o cuidadores. El cuerpecito que advino a la vida, suscita en los demás fantasías y deseos que se diferencian según sea niña o varón. Él o ella nada saben de eso, pero sus padres sí, y como ya lo dijo Freud en *Introducción al narcisismo*, al transferir sobre el niño su omnipotencia infantil penosamente resignada, soñarán que el hijo será un gran hombre o que la niña al crecer se casará con un príncipe.

Es cierto que el año 2001 está muy lejos de 1914, y que la polaridad que existió entre las vidas de varones y mujeres ha disminuido, dando lugar a existencias con muchos aspectos compartidos y por lo tanto, a subjetividades que tienden a asemejarse entre sí. Sin embargo, los proyectos y fantasías que los padres elaboran acerca del futuro de las niñas continúan dando mayor importancia a su capacidad de despertar amor y deseo y a los lazos familiares que construirán, aunque también se piense en su desarrollo laboral. En el caso de los varones, la construcción de su sí mismo es pensada como prioritaria y los vínculos, si bien se consideran importantes, suelen ubicarse en segunda instancia. Esto ocurre así por que no es posible revertir en algunas décadas miles de años de historia, y la historia de las sociedades humanas es, a partir del Neolítico, la historia de la dominación masculina.

Quien ocupa el lugar ilusorio del Sujeto, enfrenta la tarea de construirse de tal modo que logre asemejarse al ideal propuesto para su género y éste es un ideal de dominio. Las mujeres ensayan mientras tanto el antiguo arte de agradar, desplegando rasgos de carácter tales como la complacencia y la evitación de los conflictos. Ellas son destinadas a ser elegidas y su consagración derivará no tanto de sus obras como de su capacidad para atraer la preferencia del Sujeto que las tomará como Objeto privilegiado de sus afanes, les dedicará poemas, y agradecerá su apoyo en las palabras preliminares de algún libro.

Este orden ancestral ya no resulta transparente a nuestra mirada por que está comenzando a desaparecer. Sin embargo, resistirá y se reciclará de formas sutiles e ingeniosas que será necesario descubrir, por que se trata de un sistema.

Vemos que el bebé recién llegado va plasmando su subjetividad en el contexto de las asignaciones identificatorias que sobre él realizan sus padres, o sea que es identificado/a antes de que se pueda describir en él ningún proceso subjetivo semejante a la identificación. A su vez, los padres no construyen desde la nada. Por el contrario, sus deseos y fantasías están pautados por un dispositivo de regulación social, que algunos han denominado *sistema sexo-género* (Rubin, 1998), mientras que otros hablan de *sistemas de género* (Anderson 1999). Una de las características de un sistema es su tendencia a la reorganización ante los cambios. Cuando se modifica un aspecto, se produce una reestructuración que tiende a recomponer el orden inicial, aunque en apariencia se haya transformado. Un ejemplo que se percibe con claridad se refiere a lo que sucede en el mercado laboral. La clásica división sexual del trabajo característica del período industrial, donde las mujeres estaban asignadas al ámbito privado y los varones se desempeñaban en la esfera pública, fue sucedida en la modernidad tardía por la segregación horizontal y vertical del mercado de trabajo. Esto significa que ahora las mujeres se incorporan a los trabajos remunerados, pero se agrupan en determinadas ramas de actividad, que por ese motivo son devaluadas, y no llegan a la cúspide de la pirámide laboral, es decir que están ausentes o muy escasamente representadas en los altos cargos de

decisión. De este modo el sistema sexo-género se ha recompuesto, aunque a otro nivel de desigualdad (Burin y Meler, 2000).

¿Por qué hemos saltado desde un estudio acerca de las identificaciones a una descripción del mercado laboral?. Debido a que los aportes del campo interdisciplinario de los Estudios de Género, refirman lo que otros psicoanalistas ya han advertido: la subjetividad no se construye sobre la base de disposiciones biológicas heredadas, tal como lo creyó la psiquiatría decimonónica, sino que es producida en un contexto grupal e institucional que varía a través de la historia.

Para retornar a nuestro hilo conductor, que en esta ocasión se refiere a los procesos identificatorios, recordemos que se ha descrito un proceso de identificación primaria del infante con su madre, otra forma de decir que el parto biológico no coincide puntualmente con el reconocimiento subjetivo de la existencia separada respecto de la madre. Este proceso primitivo de constitución del *self*, ¿es semejante entre niños y niñas?.

Disponemos de estudios que sugieren la existencia de modalidades diferenciales de constitución de esos fundamentos del psiquismo. Como dije, los niños no saben nada acerca de la diferencia sexual. Hoy en día no podemos sostener el supuesto kleiniano acerca de un conocimiento inconsciente e instintivo de las características sexuales del propio cuerpo. El cuerpo es exterior al Aparato Psíquico y este deberá construir un conocimiento del mismo, tal como le ocurre con respecto del mundo. Pero los padres, en especial la madre que suele ser la primera cuidadora, no trata del mismo modo a un bebe o a una beba. El niño será generalmente percibido como otro sexuado, alguien que pertenece al colectivo que agrupa a los objetos del deseo erótico femenino (Chodorow, 1984). La niña es experimentada como una semejante, y el vínculo menos erotizado, enfatiza la identificación y la fusión.

El primer logro evolutivo, que ha sido caracterizado como el establecimiento inicial de una frontera entre el sí mismo y el objeto, presenta entonces matices diferenciales según se trate de un varón o de una niña. A la delimitación precoz y reactiva con que él deberá diferenciarse con respecto de su madre, bajo pena de feminización (Greenson, 1995), corresponderá en ella un límite poroso, una frontera permeable, que así como puede favorecer la confusión, también facilita la empatía, el sentir al otro como si se tratara de una misma.

Veamos como sigue la historia de las identificaciones constitutivas de la subjetividad y de sus diferencias según el género.

Jessica Benjamín (1996) ha descrito un sentimiento propio de los períodos tempranos del desarrollo infantil, que denominó "amor identificatorio". El niño o niña ama a su modelo, que todavía no ha discriminado del objeto de deseo. Ama a alguien a quien desea asemejarse y lo ama sobre la base de esa identificación anhelada. Recién cuando transite la situación edípica logrará diferenciar entre parecerse a alguien y desearlo.

En la mayor parte de los hogares, la madre aunque también se desempeñe en el ámbito del trabajo, es experimentada como un objeto amoroso, nutriente y reasegurador, "la fuente de lo bueno". El padre, cuya modalidad vincular enfatiza la estimulación y aún la excitación, es percibido como representante del mundo exterior, y el infante mantiene, según describe la autora, un romance con el mundo, en el sentido de que anhela explorarlo, conocerlo, adueñarse del mismo. Ser reconocido como un semejante potencial por ese progenitor percibido como poderoso, constituye un alimento necesario para el despliegue del naciente sentimiento de autoría, de control de sí mismo y capacidad de afectar al mundo. El padre varón, por su parte, suele reconocer a su hijo como un potencial sucesor y si bien esta situación abrirá las puertas al drama edípico, (donde, como se sabe, Layo comenzó todo), permite que el niño participe de su fuerza y capacidad, desarrolle su poder.

La niña es con frecuencia seducida por el padre, no en un sentido literal, sino que recibe ternura pero no estímulo para su ambición. Le puede faltar entonces alimento para su autoafirmación. Debo aclarar que esta situación se modifica cuando la madre representa al mundo exterior y reconoce e inviste a su niña como una semejante, alguien que podrá hacer lo que ella misma hace y más todavía. Pero estas constelaciones familiares innovadoras recién están naciendo. Así se establece, en las familias que vemos con mayor frecuencia, otro matiz diferencial en los procesos identificatorios de niñas y varones. Los varones establecen cimientos para su autoestima a través del proyecto identificatorio con el padre valorizado. Las

niñas no obtienen ese aval paterno con tanta facilidad y a esto se agrega que todavía en muchos hogares, la madre no constituye un modelo de autonomía, poder o eficacia.

El edipo se procesa de modos diversos de acuerdo con el contexto cultural. La niña freudiana, que al realizar el cambio de objeto experimentaba una hegemonía de sus mociones libidinales de fin pasivo (Freud, 1931 y 1933), ha pasado a la historia en buena parte de la población. Ya no cederá en la juventud su actividad al compañero sexual, como lo prescribió Helène Deustch (1925), ni mantendrá en la madurez una relación libre de ambivalencia con su hijo varón, a quien ha cedido el cumplimiento de las ambiciones resignadas para sí misma (Freud, 1933). Existe entonces hoy una oferta identificatoria que no plantea una incompatibilidad fatal entre *ser* y *ser amada*. Sin embargo, en la intimidad de los vínculos amorosos, la mujer suele desplegar la mascarada de la fragilidad, para que su compañero produzca una ilusión de potencia, por que aún no hemos aprendido otros guiones eróticos y es necesario vivir y amar en la transición. Pero esas *performances* (Butler, 1993) no transcurren sin consecuencias, y las acrobacias entre los modelos identificatorios del pasado y las posibilidades del futuro dejan exhaustas a muchas mujeres.

Lo cierto es que aunque resulta posible representarse a una mujer poderosa, el poder femenino no integra el atractivo erótico de las mujeres, mientras que toda manifestación de poder, ya sea físico, económico, o intelectual, aporta a la condición deseable en el varón. Por lo tanto, las mujeres que han llegado a establecer identificaciones con el rol de su madre como compañera sexual del padre, y así fundan su deseo heterosexual, o sea, la mayor parte de las mujeres, enfrenta una situación paradójica, donde la expansión y afirmación de su Yo se contradice con el logro del amor de objeto. Apropiarse de identificaciones con la adultez, la eficacia y la potencia, se contradice con el acervo identificatorio tradicional para la femineidad, donde la gracia, la ternura, y cierta vulnerabilidad resultan deseables.

Es así como el desempeño escolar de las mujeres, que durante la infancia suele superar a los logros masculinos, decrece notablemente en la adolescencia, en tanto entra en contradicción con los intereses sexuales de la joven.

Llegar a la adultez implica para las mujeres haber elaborado sutiles transacciones entre el ideal del logro, tan difundido en el tardo capitalismo y las persistentes representaciones acerca de la femineidad. Es por eso que mientras el discurso masculino prototípico se caracteriza por cierta arrogancia, la modestia es un emblema femenino.

La parentalidad constituye sin duda una crisis vital, con todas sus connotaciones de riesgo de colapso y de oportunidad de crecimiento. Las madres noveles, enfrentadas con la demanda absoluta del infante inmaduro e inmersas en una sociedad que, como la nuestra, ha privatizado la crianza y no asume su responsabilidad respecto de la reproducción generacional, enfrentan un conflicto hasta el momento desmentido. Ellas pueden haber creído que gozaban de iguales oportunidades que sus amigos y hermanos, pero ahora deben enfrentar las dificultades que derivan, por un lado de la inmadurez infantil, y por el otro de la aún insuficiente asunción de la paternidad por parte de los hombres y de la falta de arreglos institucionales que auxilien en la crianza. Sin embargo, el acervo identificatorio al que pueden recurrir es rico y está valorizado. Existen modelos de maternidad y redes entre mujeres.

Los padres jóvenes están atravesando una situación inédita. Por primera vez una generación de varones aspira a criar y reclama este derecho en los estrados judiciales cuando se ha producido un divorcio. Pero, ¿de qué modelos disponen?. Deberán recurrir a la temida y repudiada identificación con sus madres, por que en la mayor parte de los casos, sus padres no participaron de los cuidados destinados a los bebés y niños pequeños. Pese a que la amenaza de feminización ha sido hasta hace poco un sinónimo de la castración, están surgiendo muchos valientes que no temen apropiarse de identificaciones hasta ahora femeninas, en tiempos donde las mujeres han transgredido las antes rígidas fronteras del género.

Llegamos así a una posición que aparece como alternativa en el desarrollo de la subjetividad postmoderna. Benjamin (1997) se refiere a ella como la posición postedípica, un estado en el cual es posible, una vez consolidado el núcleo de la identidad genérica y superada la estereotipia propia de los estadios edípicos iniciales, jugar de forma flexible con las prescripciones de género.

Las identificaciones cruzadas dejan de ser tabú, y superado el riesgo de confusión identitaria surgen subjetividades cuyo núcleo de femineidad o de masculinidad está firmemente establecido, al punto de no necesitar del recurso a la división de esferas de actividad, o de la diferenciación polarizada de rasgos de carácter que fue la marca distintiva de la diferencia sexual moderna.

En esta ocasión he intentado hacer visible la pertinencia del enfoque de género para el pensamiento psicoanalítico, partiendo del concepto de identificación. Es posible realizar interesantes recorridos tomando como guía los destinos de pulsión, la segunda tópica u otros conceptos que integran el cuerpo teórico del psicoanálisis.

#### Bibliografía

- Anderson, Jeanine: "La justicia de género en la agenda pública", Ponencia presentada en el Seminario Internacional: "*Políticas públicas de igualdad de oportunidades entre varones y mujeres*". Plan Federal de la Mujer, Consejo Nacional de la Mujer, Presidencia de la Nación, Buenos Aires, Banco Nación, 24 y 25 de marzo de 1999.
- Benjamin, Jessica: *Los lazos de amor*, Buenos Aires, Paidós, 1996
- : *Sujetos iguales, objetos de amor*, Buenos Aires, Paidós, 1997.
- Burin, Mabel y Meler, Irene : "Género: Una herramienta teórica para el estudio de la subjetividad masculina", en *Varones. Género y Subjetividad Masculina*, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- Butler, Judith: *Bodies that matter*, Nueva York, Routledge, 1993.
- Chodorow, Nancy: *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa, 1984.
- Deustch, Helène: "la psicología de la mujer en relación con la función de reproducción" en *La Sexualidad Femenina*, Buenos Aires, Caudex, 1966.
- Freud, Sigmund. OC, Buenos Aires, Amorrortu, 1980
- 1914: Introducción al narcisismo
- 1931: La sexualidad femenina
- 1933: La femineidad
- Greenson, Ralph: (1968) "Des-identificarse de la madre, su especial importancia para el niño varón" *Revista de la Asociación Argentina de Psicoterapia para Graduados, Identificación*, N° 21, Buenos Aires, 1995.
- Rubin, Gayle: "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo" en *¿Qué son los Estudios de Mujeres?*, de Marysa Navarro y Catharine Stimpson (comps.) Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1998.

---

<sup>i</sup> Psicóloga psicoanalista. Coordinadora del Foro de Psicoanálisis y Género (APBA). Directora del Programa de Actualización en Psicoanálisis y Género (APBA). Coordinadora docente del Programa de Estudios en Género y Subjetividad (UCES). Coautora de *Género y Familia, Psicoanálisis y Género y Varones. Género y subjetividad masculina*.